

ENSAYO

Andrés Bello: Ideas sobre el Orden y la Libertad *

Agustín Squella**

Este ensayo trata del modo en que Bello intentó conciliar el orden con la libertad individual. El autor sostiene que Bello creía que en los países incipientes de Hispanoamérica una autoridad fuerte e impersonal permitiría evitar tanto la anarquía como el despotismo. El marco institucional que ello requería incluía una Constitución Política que expresara las costumbres y el sentir de la sociedad; una autoridad respetuosa de las leyes; separación de los poderes públicos e independencia del poder judicial; publicidad de los juicios; sentencias judiciales fundadas; y un incremento y mejoramiento de la educación general y universitaria.

I

Como ocurre siempre con toda persona, Andrés Bello fue un hombre de su tiempo, lo cual significa, por una parte, que sus ideas se inscriben de ordinario en el espectro más amplio de las convicciones mayormente arraigadas en su época, y, por otra, que muchos de los temas que desarrolló Bello, en la vasta y riquísima obra que nos ha legado, fueron determinados, en mayor o menor medida, por las contingencias de ese mismo período en que le correspondió vivir y actuar.

* Aunque dotado de un desarrollo ahora más amplio, este trabajo corresponde en parte importante a la ponencia presentada por el autor en el Congreso Internacional sobre Bello y el Derecho, organizado por la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, y que tuvo lugar en Santiago desde el 13 al 17 de julio de 1981.

** Profesor de Introducción al Derecho y de Filosofía del Derecho en la Universidad de Valparaíso.

Sin embargo, si Bello fue, en el sentido indicado, un hombre de su tiempo, no cabe duda que poseyó también —y en alto grado— la visión y el talento suficientes para trascender esa determinación, difícilmente eludible, con que el misterio del tiempo encadena a los hombres y a las obras que éstos son capaces de realizar.

La visión —decimos—, porque Bello, dentro de los múltiples y variados intereses que demostró poseer tanto en el plano de las ideas como en el campo reservado a la acción, fijó muchas veces su atención en asuntos o problemas que rebasaban las concretas preocupaciones de su época, proyectándose, más allá de ésta, al modo de cuestiones en las que aparecen comprometidos el ansia y el desasosiego espirituales de los hombres de todos los tiempos.

Y el talento —agregamos—, porque el ilustre humanista venezolano supo ocuparse de tales asuntos y problemas de manera que sus proposiciones en torno a ellos alcanzaren la jerarquía, influencia y perennidad que obtienen, por lo común, las obras y los hombres en quienes tiene lugar esa feliz combinación entre la audacia especulativa que exigen las cosas del espíritu y la prudencia política que reclaman para sí las cuestiones relativas al proceder y a la acción.

Ahora bien, precisamente uno de los problemas que preocupó a Bello, aunque no lo hizo objeto de un desarrollo autónomo ni de un tratamiento siempre explícito y sistemático, es el de las relaciones entre el orden y la libertad, concretamente en el sentido de dos valores ciudadanos cuya realización simultánea requiere no sólo cada individuo, sino, a la vez, toda comunidad políticamente organizada.

II

A este mismo respecto, y antes de que expongamos el pensamiento de Bello sobre el particular, cabe comprobar un aspecto en cierto modo lateral, pero que, con todo, no carece de interés.

John Stuart Mill, a cuyo padre, James Mill, Bello conoció y trató personalmente durante sus largos años en Londres (1810-1829), publicó su descollante obra **Sobre la Libertad** en el año de 1859, esto es, seis años antes de la muerte de Bello. Por lo mismo, es probable que éste no haya conocido la obra de Mill de la referencia, aunque sí otras del autor, publicadas con anterioridad, especialmente su **Sistema de Lógica**.

Ahora bien, uno de los temas principales que desarrolló Mill en su obra **Sobre la Libertad** es, precisamente, el de la naturaleza y los límites del poder que la sociedad tiene derecho a ejercer legítimamente sobre los individuos, esto es, en pala-

bras del propio Mill, "la lucha entre la libertad y la autoridad"¹. Este es, según el autor citado, el principal problema de toda sociedad, ante el cual unos tienden a favorecer una creciente intervención de la autoridad, en cuanto ven en ésta un medio eficaz de conseguir bienes que se desean o de corregir males que se quiere evitar; mientras que otros entienden que es preferible sobrellevar las imperfecciones sociales antes que aumentar la nómina de los asuntos humanos susceptibles de control gubernamental².

Mill, de acuerdo con su principio de que "la única parte de la conducta de cada uno por la que cada cual es responsable ante la sociedad es la que se refiere a los demás"³, concluirá frente al problema en referencia que, a la vez, la única razón justificable que la humanidad, individual o colectivamente, puede hacer valer para interferir en la libertad de uno cualquiera de sus miembros es la propia conservación y protección de la sociedad, de donde se sigue, también, que la sola finalidad por la que la autoridad puede ejercer su poder sobre un individuo es evitar que éste perjudique o dañe a los demás.

Pues bien, y tal como fue anticipado, no puede decirse que Bello haya desarrollado, como Mill, de manera sistemática, este problema, ni menos resultaría exacto afirmar que el jurista americano haya abrazado en torno al mismo la solución que, según vimos en términos generales, propone el célebre autor inglés. Pero de lo que no cabe duda es de que en ambos autores late una preocupación genuina e intensa por la cuestión de los límites del poder, aunque, según veremos, Bello, motivado en esto por las vicisitudes de su tiempo y por un comprensible horror a la anarquía, enfatizará en cierto modo el orden por sobre la libertad, pero sin llegar en modo alguno a sacrificar ésta por aquél; mientras que Mill, según se desprende de lo dicho anteriormente, aparecerá más inclinado a favorecer la libertad por sobre el orden y la autoridad.

Sin perjuicio de lo anterior, también es posible verificar otra afinidad entre Bello y John Stuart Mill, a quien el primero debe haber conocido en casa del padre de éste cuando el futuro autor de **Sobre la Libertad** contaba apenas con ocho años de edad. Nos referimos a la prodigiosa y fecunda diversidad vocacional mostrada por Bello a lo largo de su vida, que engarza sugestivamente con el postulado de Mill acerca de la importancia que tiene, tanto para el individuo como para la sociedad, "el dar entera libertad a la naturaleza humana para expandirse

¹ Véase John Stuart Mill, *Sobre la Libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, traducción de Natalia Rodrigues Salmones, pág. 55.

² Id., págs. 64 y 65.

³ Id., pág. 66.

en innumerables y opuestas direcciones". Estas últimas palabras, que Mill coloca como epígrafe inicial de su obra antes indicada, pertenecen a Guillermo de Humboldt, cuyo hermano Alejandro, por lo demás, tanto influyó para afianzar los severos hábitos de estudio que Bello ostentaba ya, siendo un adolescente, al momento de conocerse ambos, en Caracas, a comienzos del pasado siglo⁴.

III

Publicidad de los Juicios (1830), **La Centralización y la Instrucción Pública** (1831), **Las Repúblicas Hispanoamericanas** (1836), **Observancia de la Ley** (1836), **Educación** (1836), **Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile** (1843) y **Constituciones** (1848), son algunos de los textos de Bello en que se alude, directa o indirectamente, al problema de las relaciones entre el orden y la libertad, y que, por lo mismo, pueden servir de suficiente antecedente para fijar sumariamente las ideas que el autor profesó sobre el particular. Todos estos artículos, publicados en "El Araucano", fueron difundidos en los años que han sido señalados a propósito de cada uno de ellos.

Entiende Bello en estos trabajos que a la base de todo programa y acción en el terreno político se sitúa la dificultad de conciliar, por una parte, las exigencias básicas de orden que todo grupo humano requiere para su preservación y progreso, y, por otra, las demandas inviolables de libertad que cada individuo tiene también el derecho de hacer valer para cautelar su propio ser, desarrollo y felicidad.

Ahora bien, y siempre en relación con el tema que nos ocupa, Bello se aleja tanto del anarquismo, que desprecia el orden social en beneficio de una expansión sin límites de la libertad individual, cuanto de las diversas formas de despotismo que, por su parte, optan por restringir la libertad ciudadana, cercenándola a veces en sus raíces, con el pretexto de mantener a todo trance el orden y la tranquilidad públicos.

De este modo, Bello, en un giro casi habitual de su pensamiento, equilibra entonces el juicio entre ambos extremos y propicia Constituciones que garanticen el orden y la tranquilidad de las personas, pero que afiancen también la libertad e independencia de éstas. Así, se opone tenazmente al tumulto y al desenfreno que puedan acompañar a las jornadas políticas, pero es capaz de asumir como inevitable el margen de convul-

⁴ Véase Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*. Impreso por Pedro G. Ramírez, Santiago, 1882, pág. 24.

sión e incertidumbre que trae consigo toda auténtica época de transición. Reconoce la conveniencia de adaptar la forma de gobierno a la localidad, costumbres y caracteres de cada nación, recomendando a los legisladores alejarse de las seducciones de brillantes teorías y auscultar, en cambio, la índole y necesidades de los pueblos a los que deba aplicarse una legislación determinada; pero no recomienda esperar en todo caso a que hable el "corazón del pueblo", sobre todo cuando se trata de instituciones que corresponden a hábitos e intereses políticos inveterados y que, por lo mismo, pueden exhibir un alto grado de eficacia.

Bello sugiere, entonces, fórmulas políticas que garanticen el orden pero que afiancen también la libertad de los ciudadanos. Sabe bien que hay una buena dosis de irresponsabilidad, y hasta de inexcusable simpleza, tanto en la doctrina de quienes querrían sacrificar candidamente el orden a la libertad, cuanto en la de quienes, presas de lo que Isaiah Berlin llamó la "neurosis de nuestro tiempo"⁵ —el terror a la desintegración y a la falta de dirección y autoridad—, propugnan el sacrificio en sentido inverso, esto es, sofocar al máximo las libertades para conseguir por esa vía un mínimo de orden.

Por lo mismo, es consciente de la complejidad del problema y asume en toda su grandeza y complicaciones el imperativo de armonizar con prudencia el orden social con las libertades ciudadanas, sin inmolar aquél por éstas ni éstas por aquél. Bello, por lo tanto, concluye por recomendar a los gobiernos que dejen obrar libremente y, a la vez, que aseguren la tranquilidad pública, puesto que éstos "son los agentes poderosos de los adelantamientos de las naciones"⁶. "Por ello —escribe finalmente el ilustre caraqueño—, el mejor gobierno será el que presta confianza y seguridad a los ciudadanos, respetando las leyes, y los deja gozar de la verdadera libertad"⁷.

IV

Las ideas anteriormente expuestas, así como las que Bello acogió en su época sobre otros problemas sociales —por ejemplo, el de la censura de libros, a la que se opuso con vehemencia—, devuelven la imagen de un individuo conservador, aunque dotado a la vez de un fino realismo político y de una razonada confianza en la libertad individual y en el derecho de las per-

⁵ Véase Isaiah Berlin, *John Stuart Mill y los fines de la vida*, en John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, cit., págs. 9 y ss.

⁶ Andrés Bello, *La Centralización y la Instrucción Pública*, "El Araucano", 1831.

⁷ Id.

sonas para llevar a cabo el examen de las cosas públicas de un modo limpio de prejuicios e intereses. Ciertamente es que él se muestra partidario de un régimen de autoridad fuerte e impersonal, en lo cual actúa motivado no sólo por las convicciones antes indicadas, sino, sobre todo, porque Chile, y con Chile, las restantes naciones del continente se encontraban en esa época afanadas, de un modo acuciante y dramático, a la consolidación de regímenes políticos independientes, y enfrentaban, por lo tanto, la perentoria exigencia de adquirir una existencia propia, estable y perfectamente diferenciada, puesto que tal era el único camino posible para un conjunto de nacientes repúblicas que, en la búsqueda de su definitiva identidad, habían roto para siempre los lazos de subordinación y dependencia respecto de España.

Precisamente esta actitud general de Bello, a la vez que mesurada y realista, dotada de suficiente firmeza y alejada de toda claudicación, se ve corroborada si se atiende al conjunto de las ideas políticas que el mismo autor sostuvo en lo relativo a las relaciones que las repúblicas del continente debían guardar con España después de las luchas de la independencia. En efecto, en su artículo **Reconocimiento de las Repúblicas Hispanoamericanas por España**, publicado en "El Araucano" el año 1835, Bello aboga, con criterio pragmático y pacifista, por una amistosa y fructífera vinculación con España. "Don Andrés Bello —refiere Miguel Luis Amunátegui⁸— consideraba que no podía ni debía haber odio perdurable entre dos naciones, sobre todo, cuando tenían una misma sangre y hablaban un mismo idioma". Por lo mismo, y refiriéndose a las relaciones de Chile con la madre patria —sigue Amunátegui—, "una vez que los contendientes envainaron las espadas, creyó (Bello) que debían estrecharse las manos, olvidando agravios, heridas y daños".

En propias palabras de Bello —perdurables en su feliz combinación de aplomo y sensatez—. "escuchar al enemigo no es empeñarse a ojos cerrados a recibir sus propuestas como leyes y a poner nuestra suerte en sus manos. Armémonos de desconfianza; si se quiere, tomemos todas las precauciones posibles para nuestra seguridad, pero oigámosle al menos; los consejos de la prudencia no se oponen a la humanidad y cortesía que, aún en el ejercicio del funesto derecho de la guerra, distinguen a los pueblos civilizados de los bárbaros y hacen más gloriosa la victoria"⁹.

⁸ Miguel Luis Amunátegui, *Introducción a las Obras Completas de Andrés Bello*. Impresas por Pedro G. Ramírez, Santiago, 1885, págs. XII y XIII.

⁹ Andrés Bello, *Reconocimiento de las Repúblicas Hispanoamericanas por España*, "El Araucano", 1835.

Con razón, pues, ha podido decir Arciniegas¹⁰ que "es admirable que algunos americanos, después de una guerra victoriosa, ganada por pueblos sin tradición militar, contra una de las grandes potencias de Europa, pensaran en que la grandeza de estas naciones no debería apoyarse en las armas sino en las reposadas labores de la paz; para ellos, la guerra era un capítulo terminado, y la gloria alcanzada en las batallas, motivo de orgullo nacional, pero incidente efímero dentro de la vida de los pueblos, que estaban destinados a mayores sucesos".

V

A partir de las convicciones que Bello profesó acerca de la necesidad de realización simultánea del orden y de la libertad, se producen, a nuestro entender, diversas proyecciones en el campo político, jurídico y social, con lo cual queremos sugerir que algunas de las ideas que el autor abrazó acerca de ciertas instituciones de tal orden, resultaron naturalmente influidas por esas convicciones y deben, por tanto, ser comprendidas sobre la base de esta determinada influencia.

En lo que sigue de este trabajo se analizarán, entonces, algunas de estas instituciones políticas, jurídicas y sociales, a propósito de las cuales las ideas correspondientes de Bello aparecen determinadas, en mayor o menor medida según los casos, por las convicciones que el autor poseyó, según acabamos de ver, en punto a la necesidad de armonizar el orden con la libertad.

Origen de las Constituciones Políticas :

Para quienes pensamos que es recomendable que toda Constitución Política se origine en una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, procedimiento que en nuestra época parece garantizar mejor que otros la aspiración de que el texto constitucional finalmente promulgado concrete las aspiraciones, creencias e intereses ciudadanos predominantes, con respeto, a la vez, por las opiniones de minoría, el artículo **Constituciones**, publicado por Bello en 1848, puede resultar una decepción. Pero hay que saber leerlo.

A nuestro entender, Bello maneja en este artículo una distinción que ha jugado un papel significativo en el desarrollo de las ciencias sociales o humanas y, entre éstas, también en la ciencia jurídica en sentido estricto. Se trata de la necesidad

¹⁰ Germán Arciniegas, *El Pensamiento Vivo de Andrés Bello*, Losada, Buenos Aires, 1958, págs. 28 y 29.

que tiene el investigador de separar los fenómenos sociales, tal cual éstos acontecen al interior de la comunidad, de los juicios de valor que puedan luego emitirse acerca de estos mismos fenómenos, pero no ya en cuanto a cómo ellos efectivamente acaecen o se presentan, sino en cuanto a cómo deberían acaecer o presentarse.

En el artículo a que hemos aludido precedentemente, Bello hace uso de esta distinción metodológica a propósito de la génesis de las Constituciones Políticas, señalando a este respecto que las Constituciones deben estar conformes a los sentimientos, creencias y a los intereses de los pueblos, aunque no siempre ocurre efectivamente así, porque bien puede ser, en el hecho, que las instituciones políticas no se hallen en consonancia con las costumbres, las ideas y las creencias sociales más dominantes. Lo primero, según Bello, ocurrirá cuando la causa de la Constitución se encuentre "en el espíritu mismo de la sociedad", caso en el cual ella será entonces "la expresión, la encarnación de ese espíritu"; en tanto lo segundo tendrá lugar cuando el origen de la Constitución se halle en "las ideas, en las pasiones, en los intereses de un partido, de una fracción social", evento en el cual ella "no representará otra cosa que las ideas, las pasiones, los intereses de un cierto número de hombres que han emprendido organizar el poder público según sus propias aspiraciones".

Pensamos que Bello no aprueba esta última forma de generación que puede reconocer una Constitución, aunque tampoco la condena abiertamente. En rigor, se limita a precisar que no toda Constitución Política sale necesariamente del "corazón del pueblo", con lo cual, lejos de tender un manto de aprobación sobre semejante hecho, se constriñe a constatarlo con la debida neutralidad valorativa con que debe proceder el investigador que pretende alcanzar cientificidad en sus asertos acerca de los fenómenos que constituyen su objeto de estudio, sin perjuicio de que, en otra sede, pueda reservar y emitir su juicio acerca de la conveniencia o inconveniencia de la modalidad del hecho observado.

Así las cosas, esta invitación de Bello a que "veamos los hechos como son" no le impide, luego de admitir la posibilidad de que una Constitución pueda salir del "corazón de un partido o de la cabeza de un hombre", declarar que dicha Constitución sólo podrá tener éxito en la conformación política de la sociedad a condición de que "esté construida con algún acierto", de que no se encuentre "inspirada por falsas teorías", con lo cual Bello incurre en una opción valorativa que lo pone a cierta distancia de una adhesión de corte autocrático.

Esta última afirmación de Bello, con la que sugiere también que el Derecho Político debe ser más expresivo que instrumental respecto de la comunidad para la cual se lo dicta, se ve

corroborada al revisar otros textos del autor, particularmente su artículo sobre **Publicidad de los Juicios**, en el que manifiesta su oposición a las Constituciones inspiradas en abstracciones desvinculadas de los hábitos e intereses políticos más arraigados, llamándolas, con un dejo de manifiesta ironía, "teoremas de derecho político". "Si hay algo completamente demostrado por la experiencia —escribe en este último artículo—, es que no debe esperarse subsistencia ni buenos efectos de ninguna Constitución modelada por principios teóricos, sin afinidad con aquellos que por una larga práctica han adherido íntimamente al cuerpo social".

Vinculación a la Ley por Parte de la Autoridad

Bello considera también la necesaria vinculación a la ley que debe existir de parte de la autoridad pública, vinculación que el autor visualiza no sólo como una necesidad jurídica, sino también social y política.

De este modo, los ciudadanos no deben esperar de la autoridad únicamente la declaración de ésta en orden a su permanente decisión de hacer cumplir el derecho, sino, además, acerca de su voluntad de cumplirlo ella misma, puesto que "la ley —como escribe Bello, precisamente, en su artículo sobre **Observancia de la Ley**— debe ser la divisa de los legisladores y de los gobiernos, la ley que anime las operaciones todas de los encargados de tan sublimes funciones, porque ellas pierden todo su esplendor, su valor y su influencia en el momento en que la ley deja de dirigir las".

El humanista venezolano declara a continuación que "los mismos encargados de dar las leyes, el gobierno supremo a quien corresponde sancionarlas, están ligados en el ejercicio de sus altas funciones a leyes que no pueden traspasar; porque si bien una disposición legal puede derogarse, mientras ella subsiste, por ninguno debe respetarse tanto cuanto por aquellos que, infringiendo las leyes, no harían otra cosa que minar las mismas bases sobre que su autoridad descansa".

Estas ideas de Bello concuerdan en cierto modo con las que por su parte iba a expresar Rudolf von Ihering en su célebre conferencia acerca de **La Lucha por el Derecho**, dada en Viena el año de 1872, o sea, treinta y seis años después del artículo de Bello a que hemos hecho referencia en este acápite.

"El sentimiento del orden —dice Ihering¹¹— no puede nacer en el servidor si el mismo amo provoca de hecho la imposibilidad del orden; de igual manera, el sentimiento del derecho

¹¹ Rudolf von Ihering, *El Fin en el Derecho*, Bibliográfica Omeba, Buenos Aires, 1960, pág. 185.

permanecerá extraño al subdito del Estado si este mismo estruja bajo los pies sus propias leyes". Cuando ello ocurre —sigue advirtiendo Ihering—, esto es, cuando el Estado incurre reiteradamente en actos arbitrarios, se corre el riesgo de padecer dos situaciones que el autor califica de "trágicas". Por una parte, el "espectáculo del hombre que, llevando constantemente en su corazón el aguijón de la injusticia contra la cual es impotente, llegará a perder poco a poco el sentimiento de la vida moral y toda creencia en el derecho", y, por la otra, la situación del que, habiendo sido víctima de reiteradas injusticias, "se encuentra violentamente lanzado fuera de la vía legal y se hace vengador y ejecutor de su propio derecho", "no siendo raro que, lanzado por la pendiente, fuera de su fin directo, se declare enemigo de la sociedad, bandolero y homicida". En este último caso —finaliza Ihering—, "el sentimiento del derecho abandonado por el poder que debía protegerlo, libre y dueño de sí mismo, busca los medios para obtener la satisfacción que la imprudencia, la mala voluntad y la impotencia le niegan", recordando a este respecto las palabras del protagonista de **Miguel Kohlhaas**, la novela de Heinrich von Kleist: "El que me niega la protección de las leyes, me destierra entre los salvajes del desierto y pone en mis manos la maza con que debo defenderme".

Separación de los Poderes e Independencia del Poder Judicial

El principio de la separación de los poderes del Estado es presentado por Bello como una garantía para "el ensanche de la libertad en todos los pueblos civilizados de la tierra", aunque sin concederle, por cierto, ningún carácter simplistamente absoluto o ilimitado, como podría hacerlo quien abrazara este principio al modo rutinario de un dogma y no por los probados beneficios que de él derivan para toda la vida social.

Entiende Bello que el bienestar de los ciudadanos, especialmente en la protección del régimen de libertades que éstos pueden oponer a la acción de la autoridad, depende en medida importante de la separación efectiva que debe conseguirse entre los poderes de dictar las leyes, de ejecutarlas y de juzgar, consiguientemente, en aplicación de ellas. La concreción de este principio con jerarquía constitucional y la real y efectiva operatividad y observancia del mismo en el funcionamiento de los poderes del Estado constituye, en palabras del propio Bello, "la columna de los derechos civiles"¹².

Corolario de lo anterior son las defensas que Bello lleva a cabo, en particular, de la independencia del Poder Judicial,

¹² Andrés Bello, *Independencia del Poder Judicial*, "El Araucano", 1837.

puesto que en cuanto a la vinculación a la ley que deben observar en sus decisiones los órganos jurisdiccionales, Bello reitera el principio ampliamente aceptado en su época, esto es, el sometimiento irrestricto del juez a las normas legales reguladoras tanto del procedimiento por seguir para la decisión de los asuntos, cuanto de la solución material o de fondo que se haya de administrar en relación con éstos.

Quizá Bello no perfiló con la debida amplitud los métodos y procedimientos para salvar las insuficiencias del derecho legislado, puesto que, al menos en el ya citado artículo sobre **Observancia de la Ley**, y refiriéndose en particular al rigor en la aplicación de las leyes penales, admite él la necesidad de templar la severidad del derecho legislado, pero únicamente a través de la institución de los indultos y amnistías, esto es, siempre por un medio de benignidad o de clemencia, que queda entregado no a la judicatura, sino a otros órganos o poderes del Estado.

Sin embargo, esta persistencia de Bello, en orden a recomendar que el juez se constituya en "esclavo de la ley"¹³, debe entenderse en parte como producto de una evidente desconfianza en la judicatura, pero también como expresión de aquellas otras ideas que lo llevaron a exaltar la tarea codificadora, a saber, proveer una mayor seguridad y certeza en las relaciones jurídicas, cautelar las garantías individuales y reforzar el principio de la separación de los poderes del Estado.

Publicidad de los Juicios

Las ideas de Bello acerca de la naturaleza del gobierno representativo y del principio de separación de poderes vuelven a quedar de manifiesto cuando se analizan las apreciaciones que el autor formuló acerca de la publicidad de las actuaciones judiciales.

Sobre el particular, advierte Bello que la bondad intrínseca de las leyes, que derivaría de la conformidad de éstas con el interés de la comunidad, no sirve gran cosa si la legislación de un país no consigue ser "imparcial y eficazmente observada"¹⁴, hecho respecto del cual el autor atribuye una decisiva importancia a la organización y a los diversos principios reguladores de la función jurisdiccional y, entre éstos, al de la publicidad de los juicios, que considera, por lo demás, como una exigencia derivada de la misma naturaleza de los gobiernos representativos.

Institución fecunda en buenos efectos, la publicidad de los juicios es estimada por Bello como "el único preservativo seguro

¹³ Andrés Bello, *Observancia de la Ley*, "El Araucano", 1836.

¹⁴ Ibid.

de la arbitrariedad y de las prevaricaciones", a la vez que como una verdadera escuela de instrucción pública acerca del estado del derecho y de las tendencias que predominan en la aplicación de éste. "¿Qué espectáculo más instructivo y útil —se pregunta asertivamente Bello¹⁵— que el que presenta a los ciudadanos, no en aventuras imaginarias, no en frías lecciones de moral, sino en su propio ser y con sus nativos colores, la tentación que arma el brazo del malhechor, los lazos que la seducción tiende a la inocencia, las maquinaciones de la ambición y la avaricia contra el honor, la vida y las propiedades de los ciudadanos?".

Cabe señalar, también, que en otro de sus artículos —**Organización de los Tribunales**, que el autor publicó en 1835— Bello corrobora las ideas antes expuestas, a la vez que señala las necesarias limitaciones que debe reconocer el principio general de la publicidad de las actuaciones judiciales.

Necesidad de Fundar las Sentencias

En lo tocante a este aspecto, Bello, en dos artículos relativos al tema que se publicaron en 1834 y 1839, razona en orden a que la exigencia a los jueces de fundamentar sus decisiones debe ser entendida como una aplicación particularizada del principio de orden político que rige las instituciones republicanas, y en virtud del cual se tiene por un deber indispensable "la cuenta estricta de todo ejercicio del poder que la asociación ha delegado a sus mandatarios"¹⁶. De este modo, el juez no puede eludir su trabajo de sentar premisas e inferir consecuencias, debiendo declarar siempre los fundamentos de sus decisiones, más allá de la simple referencia o anotación del texto legal que sirva de base a éstas.

Ajena a inspiraciones secretas y desguarnecida de un poder sobrenatural que mueva sus labios, la judicatura, cuyo poder se extiende a todos los actos de la vida, debe evidenciar, a través de la práctica consciente y responsable de fundar las sentencias, la inteligencia, la justicia y la pureza de sus decisiones, puesto que la misma naturaleza de las instituciones republicanas exige que nadie tenga que someterse a las órdenes de la autoridad pública como si se tratara de designios de una "ciega y misteriosa fatalidad"¹⁷.

"¿Es la sentencia del juez —se pregunta Bello¹⁸— la aplicación de una ley a un caso especial? Cite la ley. ¿Su texto es oscuro y se presta a diversas interpretaciones? Funde la suya.

¹⁵ Andrés Bello, *Publicidad de los Juicios*, "El Araucano", 1830.

¹⁶ Andrés Bello, *Necesidad de Fundar las Sentencias*, "El Araucano", 1839.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Ibid.

¿Tiene algún vicio el título que rechaza? Manifiéstelo. ¿Se le presentan disposiciones al parecer contradictorias? Concíllelas o exponga las razones que le inducen a preferir una de ellas. ¿La ley calla? Habrá a lo menos un principio general, una regla de equidad que haya determinado su juicio".

Finalidad de la Educación

La tensión entre individuo y sociedad, que se traduce, según hemos visto, en la necesidad de conciliar la libertad de aquél con el orden que debe imperar en ésta, queda también de manifiesto cuando Bello se ocupa de otro de sus temas predilectos: la educación.

En efecto, al referirse a la educación, Bello llama a ésta "el ensayo de la primera edad que prepara a los hombres para desempeñar en el gran teatro del mundo el papel que la suerte les ha destinado"¹⁹, con lo cual anticipa debidamente una idea sobre la cual volverá reiteradamente en sus escritos sobre el tema, a saber, la de que la educación, vista tanto en el plano individual como social, es ante todo una preparación para la vida.

El supuesto que admite Bello para fijar sus ideas sobre el punto es el de que el hombre ostenta, entre otros, el carácter distintivo de ser susceptible de mejora progresiva, de donde se sigue que la educación puede ser presentada como el medio más eficaz para promover esta capacidad de progreso que reconoce el género humano y cada individuo en particular. Si el hombre es el único ser susceptible de adelantamiento, la educación pasa entonces a ser considerada como el instrumento personal y social que permite a cada individuo, y a la sociedad toda, llenar en mejor forma su destino.

Por lo mismo, y coincidentemente con lo que se ha venido expresando, cabe destacar que Bello identifica a la felicidad como el fin último de toda tarea educativa, desde el momento que esta labor se orienta a procurar bienes y a evitar males al individuo y a sus semejantes. Así la educación tiene que ver tanto con la felicidad individual como con el progreso y la prosperidad de la sociedad política.

En el plano individual, Bello estima que cada hombre puede enriquecer su entendimiento, mejorar su comprensión del mundo, desarrollar y perfeccionar su raciocinio y adornar su espíritu con las ideas y las virtudes de que le provee —parcialmente al menos— un proceso educativo atendido con imaginación y prudencia, habilitándose así "para conseguir con toda

¹⁹ Andrés Bello, *Educación*, "El Araucano", 1836.

plenitud posible los objetos que en su creación se propuso el Hacedor"²⁰.

Ahora bien, la educación y su contribución a la felicidad personal, entendida ésta como la realización del propio destino, es puesta elocuentemente de manifiesto por Bello, a propósito de la enseñanza superior, en su célebre discurso de instalación de la Universidad de Chile, pronunciado en la solemne ceremonia que tuvo lugar en Santiago el 17 de septiembre de 1843.

En ese discurso, Bello no destaca tan sólo los títulos sociales del cultivo de las ciencias, artes y letras, sino que a la vez aprecia en este mismo cultivo una fuente de consuelos y recompensas para el hombre individual, en cuanto las ciencias, artes y letras, al decir del propio Bello, "aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama".

"El entendimiento cultivado —dice Bello en este mismo discurso— oye en el retiro de las meditaciones las mil voces del coro de la naturaleza: mil visiones peregrinas revuelan en torno a la lámpara solitaria que alumbra sus vigiliass". Por lo mismo, Bello puede considerar que las letras y las ciencias, junto con ejercitar el entendimiento y elevar el carácter moral del individuo, son simultáneamente "el mejor preparativo para la hora de la desgracia, después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa". Y nos recuerda, entonces, que Sócrates no hace otra cosa que pensar en vísperas de beber la cicuta mortal; que Dante compone en el destierro su **Divina Comedia**; que Lavoisier pide a sus verdugos una breve prórroga para concluir la investigación en que trabaja, y que Chenier, en los instantes inmediatamente previos a su muerte, escribe unos últimos versos que deja inconclusos para marchar al patíbulo.

La experiencia vital del propio Bello, por su parte, confirmó en él estas ideas acerca del electo comfortable del cultivo del saber en el individuo, por cuanto reconoce que las letras y sus recompensas "adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida", "me alimentaron en mi larga peregrinación" y permanecen en su alma "como la flor que hermosea las ruinas"²¹.

Con todo, esta finalidad en cierto modo utilitaria que Bello atribuye a la educación, en cuanto ve en ésta un medio por el que cada hombre se hace útil a sí mismo y a su propio destino, se proyecta luego socialmente cuando el autor relaciona la función educativa y sus frutos con la instalación y pervivencia de las nuevas repúblicas independientes del continente americano. La república se caracteriza, precisamente, por habilitar a todos los ciudadanos para intervenir, más o menos directamente, en

²⁰ Ibid.

²¹ Andrés Bello, *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile*, "El Araucano", 1843.

los asuntos públicos y en la orientación del gobierno, lo cual supone que todos ellos alcancen un verdadero conocimiento de sus deberes y de sus derechos, "sin el cual —advierte Bello²²— es imposible llenar los primeros y dar a los segundos el precio que nos mueve a interesarnos en su conservación".

Esta finalidad política de la educación revestía para Bello tanta mayor importancia cuanto que, en la época en la que él insistía acerca de estas ideas, las naciones del continente, luego de su emancipación de España, dedicaban sus mejores esfuerzos a la consolidación de la independencia. Por lo mismo, si durante la colonia la educación había sido, en general, una educación para la obediencia, las nacientes repúblicas debían ahora educar a los ciudadanos para habituarlos a mandar, si no directamente por sí mismos, a través o por medio de representantes designados al modo de agentes de la voluntad nacional. Por lo mismo el autor subraya en su artículo sobre **Educación** que, sin una verdadera instrucción, "ni podremos cumplir jamás con nuestras funciones como miembros del cuerpo político, ni tendremos por la conservación de nuestros derechos el celo que debe animarnos, ni veremos jamás encendido ese espíritu público que es uno de los principios de la vitalidad de las naciones".

Función de la Universidad

Por último, no deja de llamar la atención que haya sido a propósito de la Universidad que Bello se refiriera de manera enteramente explícita al tema de las relaciones entre el orden y la libertad, concretamente en el ya mencionado discurso de instalación de la Universidad de Chile, en el que pueden leerse las siguientes palabras: "La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra toda la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será, sin duda, el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones".

Bello, en ese mismo discurso, rebate enérgicamente a quienes puedan mirar el cultivo de las ciencias y de las letras como una fuente de peligros políticos, morales o religiosos. Sabe muy bien que existen quienes "no querrían que la razón desplegase jamás las velas" y que "de buena gana la condenarían a una inercia eterna", con lo cual, como él mismo dice, "la Universidad no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales".

²² Andrés Bello, *Educación*, cit.

VI

Revisadas sucintamente algunas instituciones y problemas políticos, jurídicos y sociales en los que se aprecia una indudable proyección de las ideas que Bello abrazó en torno al punto de las relaciones entre el orden y la libertad y sobre la necesidad de una realización concurrente de ambos valores, podemos concluir estas líneas verificando que en éste, como en tantos otros asuntos que inquietaron al notable humanista del siglo pasado, se combinan en él, de modo quizá inmejorable, "la búsqueda razonada de lo ideal y su adaptación a los límites de lo posible"²³.

La búsqueda razonada de lo ideal —decimos— porque Bello coloca la libertad individual como una exigencia insoslayable que los hombres no sólo no doblegan por el hecho de vivir en sociedad, sino que, muy por el contrario, refuerzan aún más como resultado de esta misma vida social, desde el momento que ésta, junto a las ventajas y beneficios que trae para el hombre en el plano individual, lleva siempre consigo, también, como resultado de la organización, distribución y ejercicio del poder, un riesgo para el preciado don de la libertad. Y su adaptación a los límites de lo posible —agregamos—, en cuanto la exaltación de la libertad no encuentra en Bello un adepto superficial que se deje conducir sin mayor reflexión por la pendiente siempre acusada de estas palabras que, como "libertad", poseen una suerte de inexpugnable prestigio y una poderosa e inagotable carga para la acción, sino que, lejos de eso, puede él comprobar que lo que calificamos hace un instante de exigencia insoslayable, encuentra inevitablemente unos ciertos límites en las simultáneas reclamaciones de autoridad y de orden que presupone toda provechosa y pacífica vida social.

Sin embargo, estos límites que Bello traza a la libertad no pueden quedar entregados, en la materialidad de sus distintas demarcaciones históricas, al juego espontáneo y circunstancial de las denominadas "razones de Estado", cuyo efecto confinante para la libertad de los individuos no siempre dimana de la prudente finalidad de coordinar razonablemente las actividades e intereses de éstos, sino del propósito, confesado o no, de desmedrar dicha libertad en beneficio de una expansión ilegítima de la acción de la autoridad y de un fortalecimiento del poder personal de quienes ejercen ocasionalmente esta misma autoridad.

Lo anterior quiere decir, por último, que tanto sobre los pueblos como sobre los individuos pesa entonces el deber de

²³ La expresión es de Eugenio Orrego Vicuña, *Andrés Bello. Itinerario de una Vida Ejemplar*, en *Estudios sobre Andrés Bello*, Fondo A. Bello, Santiago, 1966, compilación y prólogo de Guillermo Feliú Cruz, pág. 219.

conservar esa conciencia alerta que reclama para sí todo hecho o situación con realidad histórica a propósito de la cual se reitere el problema de la relación entre orden y libertad y de los límites que uno y otra reconocen entre sí. Pero este deber pesa también sobre la misma autoridad, puesto que, al decir siempre persuasivo de Rousseau, cuya obra bien conocía Bello, "es incontestable, y tal es el precepto fundamental de todo derecho político, que los pueblos se han dado jefes para defender su libertad y no para oprimirlos. **Si tenemos un príncipe** —decía Plinio a Trajano—, **es con el fin de que nos preserve de tener un amo**"²⁴.

²⁴ Jean-Jacques Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Segunda Parte, Edeval, Valparaíso, 1979, traducción de Ángel Pumarega, pág. 154.